

realizado su deseo ⁽¹⁾? Pusó el nuevo pontífice no poca resistencia al otorgamiento de la merced que con tantos ruegos se le pedia, mas al fin vencido por las instancias de los negociadores, expidió las letras apostólicas trasladando la metrópoli de Mérida á Santiago, y dando además al nuevo arzobispo la legacia apostólica sobre los obispados de Mérida y de Braga (1120), desde cuya época goza de tan insigne privilegio la iglesia Compostelana.

Habia hecho valer el obispo como mérito para impetrar aquel honor los servicios anteriormente prestados al sobrino del papa, el príncipe Alfonso Raimundez, y el papa á su vez debió poner por condicion al prelado que siguiera favoreciendo la causa del hijo de su hermano. Ello es que en la bula de ereccion de la nueva metrópoli se declara explícitamente lo que habian contribuido á aquella concesion los ruegos de Alfonso. Los compromisos que con tales tratos adquiriera Gelmirez en favor del hijo y en detrimento de los derechos de la madre, aunque ocultos y tenebrosos, no debieron ser tan secretos que

(1) Los canónigos autores de dicha Historia, escrita por encargo del propio obispo, nos informan de lo que le costó la gracia del arzobispado. Además de las grandes remesas en metálico, refieren haberse enviado á Roma una mesa redonda de plata que habia sido del rey moro Almostain, una cruz de oro que habia regalado el rey Ordoño al templo de Santiago, y otras varias alhajas de oro y pla-

ta, y que no bastando todo esto para completar doscientos cincuenta marcos de plata, añadió el obispo cuarenta marcos de su propio peculio. Hist. Compostel. lib. II. cap. 46. Así no estrañamos que diera el crítico Masdeu al obispo Gelmirez las calificaciones de simoníaco y otras no menos duras, como hemos indicado en el principio de este capítulo.

no los trasluciera doña Urraca. Acaso estos manejos movieron á la reina, de suyo dada á la movilidad, á partir por cuarta ó quinta vez á Galicia (1121), sirviéndole ahora de aparente motivo el recobrar los estados de Tuy que su hermana doña Teresa le tenia usurpados. Condújose tan mañosamente la reina en esta ocasion que comprometió al prelado á que la ayudara en aquella empresa, no solo con su persona, sino con sus hombres de armas, y hasta con los caballeros de Compostela que por fuero no estaban obligados á avanzar hasta el distrito de Tuy. La campaña fué tan feliz, que á pesar de las dificultades que ofrecia el Miño, las tropas gallegas penetraron hasta el territorio portugués, incendiando, talando y asolando campiñas y poblaciones. Rápida avanzaba la conquista de Portugal, y aunque doña Teresa se retiraba presurosa al distrito oriental de Braga, llegó su hermana doña Urraca á tenerla sitiada en el castillo de Lanioso. Debió la condesa de Portugal su salvacion á un desenlace inopinado que nos revela, ó la inconsecuencia y veleidad, ó la arteria y la doblez con que obraban todos los personajes que figuran en esta interminable madeja de intrigas y de enredos.

El arzobispo, á quien sin duda ligaban compromisos con la infanta de Portugal, viendo la demasiada prosperidad de doña Urraca manifestó su deseo de regresar á Santiago con pretesto de atender á los negocios de su diócesis. La reina que sospechaba de su

lealtad y que meditaba vengarse del prelado le suplicó que no la privara de su presencia en tales circunstancias y cuando tan útiles podían serle sus prudentes consejos. Solo por este maquiavélico designio podemos explicar el tratado de paz y amistad que apareció de repente celebrado entre las dos hermanas, por el cual la de Castilla cedía á la de Portugal el dominio de muchas tierras y lugares en los distritos de Zamora, Toro, Salamanca y otros, y la de Portugal juraba defender y amparar á la de Castilla contra todos sus enemigos, moros ó cristianos, y no acoger ni permitir en sus dominios á ningun vasallo que fuere rebelde á la reina. Hecho este concierto, retiróse el ejército invasor hácia Galicia. Llegado que hubieron todos á la márgen izquierda del Miño, dispuso la reina que pasáran el rio los primeros los caballeros y hombres de armas del arzobispo Gelmírez. Tan pronto como le faltó al prelado su gente, la reina le mandó prender y encerrar en un castillo, sin que le quedara otro recurso que protestar contra tan extraño y desleal procedimiento ⁽¹⁾.

Por uno de esos fenómenos que se observan en las revoluciones, los compostelanos antes tan enemigos del prelado y que tan sañosamente le habían perseguido, se aunaron ahora para defenderle y gestionar

(1) Conviene todos en que doña Teresa había dado aviso confidencial á Gelmírez del atentado que su hermana proyectaba contra él, y que el prelado no había querido creerle. Prueba esto las buenas inteligencias que había entre el arzobispo y la de Portugal, y que todos obraban con falsía y con doblez.

por todos los medios su libertad. Cuando la reina volvió á Santiago no encontró sino descontento y enojo. El cabildo juró libertar á su arzobispo aunque le costara consumir para ello todas las rentas de la iglesia. El hecho de la prision no hizo sino apresurar el desarrollo de la trama que contra la reina había. Separóse de ella su hijo, y con él el conde Frolaz de Trava y los principales hidalgos gallegos, que con sus tropas acamparon á orillas del Tambre al Norte de Santiago; conmovióse la ciudad, y vióse forzada la reina á poner en libertad al arzobispo, el cual, no contento con esto, reclamó enérgicamente la devolucion de las rentas, castillos y posesiones de que la reina se había apoderado, cuestion capital para Gelmírez, y en que halló todavía renitente á doña Urraca. Ofensa era esta que perdonaba el arzobispo menos que la de la prision, y así juró no apartarse de la liga ni dejar las armas hasta que le fuesen restituidos á su iglesia sus honores, esto es, sus castillos y tierras. No cedió la reina en esto, y se salió al campo con sus tropas; salió también con las suyas el arzobispo y se unió con las de don Alfonso y los confederados; unos y otros acampaban cerca de Monsacro, y estaban para venir á las manos ambos ejércitos, cuando, á propuesta del arzobispo, dicen sus parciales, se entablaron negociaciones de paz entre el rey y la reina, de que resultó un tratado de avenencia que la reina garantizó dando en rehenes sesenta caballeros de su

comitiva, y de que el arzobispo sacó el partido que se proponía, que era el recobro de sus rentas y posesiones. Según los autores de la Compostelana, había mandado ya el papa Calixto á los prelados de España que celebráran concilio y excomulgáran á la reina su cuñada si no daba libertad á don Diego Gelmirez y no restituía sus bienes á la iglesia de Santiago.

¿Sería duradera y sólida la paz ajustada en Monasterio entre el rey, la reina, el arzobispo y los condes y caudillos de uno y otro campo? Imposible en aquella anarquía de partidos y de encontrados intereses. No faltaron todavía desazones y disturbios, que omitiremos por menos importantes y menos ruidosos. Un legado enviado espresamente por el papa Calixto parece logró por fin mantener por lo menos en aparente armonía á la madre y al hijo, y muchas veces aparecen en las escrituras firmando unas veces doña Urraca y don Alfonso, otras la reina sola, y otras también solo el rey; prueba de lo poco deslindados que se hallaban sus derechos y dominios, y de que tampoco en realidad conreinaban. Era una situación anómala en la que se hallaba el reino de Castilla, pues lo que en rigor había era una reina madre tolerada por un hijo también rey, y un monarca hijo tolerado por una madre también reina. Sin embargo, la conducta poco hábil de la reina para el gobierno del estado á pesar de la energía de su carácter, sus inconsecuencias y humillaciones, sus intimidaciones con don Pedro

de Lara que traían agriados á los caballeros castellanos y que la pusieron en conflictos y situaciones desdorosas para la magestad, el partido que había ido ganando su hijo don Alfonso, años hacía rey nominal de Galicia, única bandera inocente y pura que se había enarbolado entre tantos manchados estandartes, la esperanza que á todos infundían las cualidades de este príncipe que se encontraba ya manco, todo contribuyó á que en los últimos años adquiriera el hijo una verdadera supremacía en los estados de la madre. Así continuó esta situación tan difícil de definir hasta marzo de 1126, en que después de una vida tan tempestuosa falleció la reina doña Urraca en tierra de Campos, ó según comunemente se cree, en Saldaña. Lleváronla á sepultar á San Isidro de Leon, donde se conserva su cuerpo y su epitafio ⁽¹⁾.

A las turbulencias intestinas que hicieron tan desastroso el reinado de doña Urraca, se habían agregado las invasiones y entrada de los musulmanes que vinieron á acabar de perturbar el pobre reino de

(1) Hasta la muerte de esta señora ha sido contada por algunos de una manera bien desfavorable á su reputación y honestidad, suponiendo unos haber fallecido en el acto de dar nueva sucesión, cosa inverosímil en su edad, y que no hallamos justificada, otros haber quedado muerta de repente á la puerta de San Isidro de Leon cuando salía de despojar el templo de las alhajas sagradas: tampoco

esto lo hallamos apoyado en fundamento digno de fé. Lo que no tiene duda es que dejó dos hijos del conde de Lara, Fernando y Elvira. Los maestros Florez y Risco, se esfuerzan por probar que los legitimó casándose con el mencionado conde: pero este matrimonio no recibió por lo menos las solemnidades ordinarias. Florez, Rej. Catol. tom. I. Risco, Hist. de Leon, tom. I.

Castilla, harto agitado ya en lo interior. El emperador de Marruecos Alí ben Yussuf había venido de Africa nada menos que con cien mil caballos, al decir de los árabes ⁽¹⁾, y despues de haberse detenido un mes en Córdoba se encaminó á tierra de Toledo (1109) talando y destruyendo sin misericordia cuanto encontraba; los hombres huían espantados á los montes, y el pais quedó asolado y como yermo. Algun tiempo mas adelante (1110) puso sitio á la insigne ciudad, que defendía y gobernaba el valeroso Alvar Fañez, apoderándose los africanos de los bellos jardines de la derecha del Tajo. Aproximaron los Almoravides sus máquinas á los muros de la ciudad y comenzaron el ataque, que por espacio de siete dias rechazaron vigorosamente los castellanos. Una noche arrojaron los de Africa multitud de proyectiles incendiarios á una de las mas fuertes torres del muro, que comenzó á ser devorada por las llamas. Los cristianos que se hallaban en ella lograron apagar el fuego vertiendo sobre los combustibles gran cantidad de vinagre. Los asaltos que despues intentaron los africanos fueron tan infructuosos como el fuego. Al sétimo dia dispuso Alvar Fañez una salida impetuosa que desconcertó á los sitiadores y les obligó á levantar el cerco quemando todas sus máquinas ⁽²⁾. Pasaron estos á desahogar su rabia sobre Talavera, de que se apode-

(1) Conde, part. III. c. 25.— Al-Kartás.—Chron. Adef. Imperat. (2) Anal. Tolet. primeros.—Chron. Adef.—Al Kartás.

raron, y volvieron sobre Madrid, Olmos y Guadalajara, en cuya situacion se declaró la peste en el ejército de Alí, lo cual le forzó á regresar á Córdoba, y de allí á Africa ⁽¹⁾. Pero otro cuerpo de Almoravides mandado por Seir Abu Bekr recorría el Algarbe y quitaba á los cristianos muchas de las ciudades ganadas por la espada de Alfonso VI.

Libre Alvar Fañez de aquella innumerable morisma, tomó despues la ofensiva, y haciendo con sus toledanos una atrevida escursión á Cuenca la arrancó, aunque por poco tiempo, del poder de los Almoravides (1111). Mas no dejaban á su vez los sarracenos de aprovecharse de las disensiones que agitaban la Castilla, y dos años mas adelante (1113) la comarca de Toledo se halló de nuevo invadida por otro ejército africano mandado por Mazdali ⁽²⁾, que devastó á sangre y fuego el pais, tomó la fortaleza de Oreja, degolló sus defensores, cautivó mugeres y niños, y puso otra vez sitio á Toledo (1114). Libertóse tambien esta vez la ciudad, gracias á la intrepidez de Alvar Fañez, si bien á costa de haber perdido en un combate setecientos de sus valientes soldados. Este insigne capitán, el mas famoso de los guerreros castellanos de la época de Alfonso VI., si se exceptua el Cid, despues

(1) En esta ocasion se creyó en este ataque por el ejército moro. Chron. Adef.—Al-Kartás. (2) El que muchos de nuestros historiadores llaman Amazaldi.

de haber combatido tan brava y heroicamente á los sarracenos, murió á manos de sus mismos compatriotas, víctima de las discordias civiles que destrozaban el reino castellano. Contábasele entre los partidarios del rey de Aragon, y en una expedicion que hizo á Segovia, asesinaronle en esta ciudad los parciales de Castilla (1). Dióse el gobierno de Toledo al capitán Rodrigo Nuñez; y en las vicisitudes y oscilaciones que en este agitado período sufrió la monarquía castellano-leonesa, Toledo pasaba alternativamente al poder del monarca de Aragon, ó de la reina de Castilla, ó del joven rey Alfonso Raimundez su hijo, segun que las circunstancias hacian momentáneamente mas poderosa cada bando por aquella parte (2).

(1) En la octava de la pascua de 1114. Anal. Toled. primeros. Era 1152.—Cron. de Cardena.—Id. Burgense.—Ibu Khaldum.

(2) A este tiempo se refiere, al decir del obispo Sandoval, un suceso tan ruidoso como dramático, que se cuenta haber ocurrido entre el rey de Aragon y los vecinos y defensores de la ciudad de Avila. Con noticia, dicen, que tuvo el aragonés de que el infante don Alfonso, á quien él vivamente andaba persiguiendo, iba á ser llevado por los castellanos de Simancas á Avila, envió un mensaje á esta ciudad donde contaba con algunos parciales, diciendo esperaba le acogieran llanamente y como obedientes súbditos cuando á ella viniese. Contestó al de Aragon Blasco Jimeno que gobernaba provisionalmente la ciudad, que los caballeros de Avila estaban prontos á recibirle y aun á ayu-

darle en las guerras que hiciese contra los moros, pero que si llevaba intenciones contra el niño Alfonso, no solo no le recibirian, sino que serian sus enemigos mas declarados. Indignó al aragonés contestacion tan resuelta e inesperada, y juró vengarse. A poco de haber sido entrado el tierno nieto de Alfonso VI en Avila, donde fué alzado y reconocido por rey, acampó Alfonso de Aragon con su ejército al Oriente de la ciudad. Desde allí despachó un mensaje á Blasco Jimeno, diciendo que si era cierto que habia muerto el nuevo rey de Castilla (pues se habia divulgado esta voz) le recibiesen á él, prometiendo otorgar mil privilegios y mercedes al concejo y vecinos de la ciudad; y si fuese vivo se le mostrasen, empenando su fe y palabra real de que una vez satisfecho de que vivia, alzaria el cam-

Desventurada suerte hubiera sido la de Castilla, devorada por las discordias, si los musulmanes hubieran continuado haciendo en ella sus terribles irrupciones. Mas por fortuna suya limitáronse desde 1114 á rápidas y pasajeras entradas, gracias á que el rey de Aragon los traia por allá entretenidos y no poco maltratados. Porque este monarca, desde que desechado por los castellanos, lanzado de Burgos y

po y se retiraria á Aragon. Contestó Blasco Jimeno que el rey de Castilla, su señor, se hallaba dentro sano y bueno, y todos los caballeros y vecinos de Avila dispuestos á defenderle y á morir por él. Respecto al otro extremo, despues de consultado y tratado el punto, se convino en satisfacer al rey de Aragon bajo las condiciones siguientes: que el aragonés entraria en la ciudad acompañado solo de seis caballeros, todos desarmados, para ver por sus propios ojos al nuevo soberano de Castilla, y los de Avila por su parte darian en rehenes al de Aragon sesenta personas de las principales familias, que quedarían retenidas en su campo mientras se verificaba la visita, despues de lo cual se obligaba, «sopena de perjurio y fementido,» á devolverlas sin lesion ni agravio. Hecho por ambas partes juramento de cumplir lo pactado, el rey de Aragon se acercó al muro y puerta de la ciudad con sus seis caballeros, y de ella salieron los rehenes para el campamento aragonés. Recibido él de Aragon por Blasco Jimeno y varios otros nobles de Avila, «yo creo, buen Blasco, le dijo, que en verdad vuestro rey es vivo y sano, y asi no es menes-

ter que yo entre en la ciudad, y me bastará y daré por satisfecho con que me le mostreis aquí á la puerta, ó aunque sea en lo alto del muro.» Recelando, no obstante, los de Avila si tan generosas palabras encerrarían alguna traicion, subieron al niño rey al cimborio de la iglesia, que está junto á la puerta, y desde allí se le mostraron. Hizole el de Aragon desde su caballo una muy urbana cortesía, á que contestó el tierno príncipe con otra, y satisfecho al parecer el aragonés se volvió á su campo sin permitir que de la ciudad le acompañara nadie.

Tan pronto como llegó á sus reales, mandó á sus gentes que allí mismo á su presencia degolláran todos los rehenes, como así se ejecutó, llegando su ferocidad al extremo de hacer hervir y cocer en calderas las cabezas de aquellos nobles é inocentes ciudadanos, de lo cual, dice la traicion, le quedó á aquel lugar el nombre de *las Fervencias*. A la nueva de tan horrorosa y aleve ejecucion, todos los abulenses ardian en deseos de tomar venganza; pero encargóse de ella el mismo Blasco Jimeno, que salió á retar personalmente al rey de Aragon, al cual alcanzó cerca de Ontiveros,

declarada solemnemente la nulidad de su matrimonio con doña Urraca, se retiró á sus estados, si bien no renunció á sus pretensiones sobre Castilla y dejó en varias de sus plazas guarniciones aragonesas para tenerla siempre en respeto y poder hacer la guerra ó por sí ó por sus capitanes, dedicóse desde entonces á guerrear activamente contra los moros fronterizos de sus dominios, que ojalá á esto se hubiera concretado siempre para gloria suya y bien de toda España. Des-

marchando con su hueste camino de Zamora. Hizole detener el de Avila so pretexto de ser portador de una embajada de su concejo, y cuando se vió enfrente del rey, con entera voz y severo continente le echó en cara su felonía, y concluyó diciendo: «E como mal alevoso é perjuro, non merecedor de haber corona é nombre de rey, non cumpliste lo jurado, antes como alevoso matastes los nobles de los rehenes, que fiados de vuestra palabra é juramento eran en el vuestro poderío. E por lo tal vos repto en nombre del concejo de Avila, é digo que vos faré conocer dentro de una estacada ser alevoso, é traidor, é perjuro.» El rey encendido en cólera, mandó á grandes voces á los suyos que castigáran el desacato y osadía de aquel hombre, y que le hicieran pedazos. Echáronse sobre él los de la comitiva del rey, defendióse Blasco valerosamente, mas los ballesteros le arrojaron tantas lanzas y dardos, que al fin cayó muerto despues de haber herido él á muchos. En el sitio donde esto acaeció se puso una piedra que llamaron *el Hito del repto*, y allí se erigió una ermita, donde dicen está

sepultado Blasco Jimeno. En premio de tan insigne lealtad concedió el rey don Alfonso VII. á la ciudad de Avila grandes exenciones y privilegios, y les dió por armas un escudo en que se vé un rey asomado á una almena.—Sandoval. Cinco reyes.—Gil Gonzalez Dávila en su Monarquía de España, tom. I. lib. 2., hace una referencia, aunque ligera y rápida, de este hecho. No sabemos de donde lo hayan podido tomar, ni comprendemos como pudiera acaecer en la época que Sandoval determina, que fué despues de la batalla de Villadangos, cuando el niño Alfonso fué llevado por el obispo Gelmirez al castillo de Orcillon, ni entendemos como su madre y el prelado pudieron dejar allí al tierno príncipe, contra lo que insinúan las crónicas mas antiguas, ni cómo ni con qué objeto pudieron traerle entonces los castellanos á Simancas y á Avila, ni cómo pudo estar el de Aragon en Avila cuando todos le suponen sitiando á Astorga. Dejamos todo esto á cargo del prelado historiador, ya que no nos espresa ni las crónicas ni los monumentos de donde haya podido sacarlo.

de entonces comenzó á aparecer Alfonso I. de Aragon príncipe ilustre y guerrero hazañoso y grande. Mostróse otro hombre el aragonés desde que suspendió por lo menos, ya que no renunciára á su porfía y terquedad de dominar en Castilla, y bien le indicaron los sucesos que no era el pelear con cristianos sino con moros la empresa á que estaba llamado.

Ya antes habia hecho probar á los safracenos el vigor de su corazon, la fuerza de su brazo, el temple de sus armas y el brio de las tropas aragonesas. Habíales ganado á Ejea, á cuyos pobladores otorgó grandes franquicias, y denominó de los Caballeros en honor de los que á conquistarla le ayudaron; Tauste, sobre las riberas del Ebro, en cuyo triunfo debió mucho á la valentía y esfuerzo del intrépido don Bacalla; Castellar, en que tuvo presa á la reina de Castilla, y en que puso una guarnicion de aquellos terribles *Almogavares*, que tan formidables se hicieron á los moros (1); y por último Tudela, á las márgenes del Ebro, donde pereció el rey de Zaragoza Almostain Abu Giafar, aquel célebre emir que hasta entonces habia sabido mantenerse independiente entre los cristianos y los Almora-

(1) Eran los *Almogavares* una tropa ó especie de milicia franca que se formó de los montañeses de Navarra y Aragon, gente robusta, feroz, acostumbrada á la fatiga y á las privaciones, que mandados por sus propios caudillos hacian incansables correrías por las tierras de los moros cuando no servian á sus reyes, viviendo

solo de lo que cogian en los campos ó arrebataban á los enemigos. Iban vestidos de pieles, calzaban abarcas de cuero, y en la cabeza llevaban una red de hierro á modo de casco: sus armas eran espada, chazo y tres ó cuatro venabios: llevaban consigo sus hijos y mugeres para que fuesen testigos de su gloria ó de su afrenta.

vides. El árabe Abdallah ben Aita que se halló presente en la batalla de Tudela con el sábio Asafir, la cuenta de este modo. «El virtuoso y esforzado rey de Zaragoza Abu Giafar Almostain Billah salió contra los cristianos que tenían puesto cerco á Tudila, y con escogida caballería fué á socorrer á los suyos.... y peleando el rey Abu Giafar valerosamente por su persona, le pasaron el pecho de una lanzada y cayó muerto de su caballo. Con esto los musulimes cedieron el campo, y la ciudad fué entrada por los cristianos..... Llevaron los musulmanes el cuerpo de su rey á Zaragoza y le enterraron con sus propias vestiduras y armas.... y luego fué en ella proclamado su hijo Abdelmelik, llamado Amad-Dola, que ya habia dado muestras de su valor en la batalla de Huesca y en las algaras de Tauste y de Lérida (1).» La ciudad conquistada se dió en feudo de honor al conde de Alperche, á quien principalmente se debió la victoria; señaláronse á sus moradores grandes términos, y se les concedió que fuesen juzgados por el antiguo Fuero de Sobrarbe.

Pero el gran pensamiento del monarca aragonés, el proyecto que ocupaba su ánimo desde que ciñó la corona de sus mayores, y de que le tuvieron distraído sus campañas de Castilla, era la conquista de Za-

(1) Conde, part. III. c. 25.— que hallamos mas conforme á la Pero el autor árabe supone la con- marcha de las operaciones de Al- buista de Tudela en 1110. Zurita fonso. (Anal. c. 42) la hace en 1114, lo

ragoza. Para preparar su grande empresa comenzó una activa persecucion contra los reyes y caudillos moros de Zaragoza, de Lérida, de Fraga, y contra los fronteros de Valencia y otros comarcanos. La fama de sus proezas volaba por todas partes. Un ilustre príncipe extranjero vino en 1116 á aumentar el esplendor de su ya brillante córte y comitiva, y á acrecer los términos de sus estados (1). Fué este el distinguido don Beltran de Tolosa, hijo del conde don Ramon de Tolosa que casó con doña Elvira, hija de Alfonso VI. de Castilla. Era de consiguiente don Beltran deudo del mismo rey de Aragon. Habíase distinguido su padre y ganado gran prez en las guerras de la Tierra Santa, y el mismo don Beltran con setenta galeras genovesas y con ayuda del rey de Jerusalem, habia conquistado á Trípoli, y héchose señor de aquella ciudad. Este valeroso príncipe vino á hacerse vasallo del rey de Aragon, y á ofrecerle no solo el condado de Tolosa, sino los señoríos de Rodés, Narbona, Carcasona, con otros honores pertenecientes al condado. Don Alfonso dejó todos estos estados al conde don Beltran para que los poseyese á título de feudo y con reconocimiento de vasallage. Asi iban engrandeciéndose los límites del reino de Aragon, parte por los

(1) Los principales caballeros res, Anger de Miramont, Arnaldo extranjeros que le acompañaban de Cabadan, con otros nobles de eran (ademas de Rotron, conde de Alperche); Gaston de Bearne, el conde Centullo de Bigorra, el conde de Cominges, el vizconde de Gabartet, el obispo de Lasca-